

VIII Jornadas de Jóvenes Investigadores
Instituto de Investigaciones Gino Germani
4, 5 y 6 de Noviembre de 2015

Mauro Barreiro

Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata// Estudiante de grado

barreiromauro@gmail.com

Eje 4. Producciones, consumos y políticas estético-culturales. Nuevas tecnologías

Selfies: nuevas miradas de la intimidad y la construcción de subjetividades contemporáneas

Palabras claves: Subjetividad; intimidad; redes sociales; comunicación; selfies

Introducción

Durante el siglo XX la radio, el cine y la televisión (a manera de ejemplo y para referirnos a la comunicación mediada por tecnologías electrónicas) introdujeron nuevas formas de intercambio de información y contenido simbólico; construyeron otras formas de interacción y de relaciones sociales; establecieron nuevas percepciones del espacio y el tiempo, de las maneras de mirar y de decir; modificaron el régimen perceptivo y los sentidos que le atribuíamos al mundo. En resumen, fueron protagonistas de una transformación cultural que encontró en la materialidad técnica su potencialidad socialmente comunicativa (Thompson,1998; Sorlin, 2004; Martín-Barbero, 2003). Pero el siglo XXI comenzó con un fenómeno aún más perturbador: en menos de una década las computadoras conectadas a las redes digitales globales de Internet se convirtieron en medios de comunicación (Sibilia, 2008). De ser usuarios, consumidores y lectores de la Web pasamos a formar parte de la creación y difusión de contenidos y servicios. Acompañados de un arsenal de dispositivos tecnológicos conectados a Internet, hoy somos capaces de enviar, almacenar, descargar, comunicar, analizar, manipular, recibir, compartir y usar información de maneras sin precedentes (Nissenbaum, 2011).

En el transcurso de la última década presenciamos el surgimiento de nuevas prácticas en las que la tecnología se instituye como protagonista; más aún, pasa a formar parte central de las nuevas maneras de ser y estar en el mundo. Somos al mismo tiempo testigos y partícipes de un cambio de paradigma, en el traslado de un horizonte analógico (característico de las sociedades industriales, de lógica mecánica y física) a otro digital (constitutivo de las “sociedades líquidas” o postindustriales, de naturaleza inmaterial, flexible y virtual). Este es el eje que atraviesa la investigación y los interrogantes sobre las maneras en que se configuran los cuerpos y subjetividades en la actualidad.

Se parte de la hipótesis de que las nuevas tecnologías, incluidas las redes sociales, han pasado a formar parte de las prácticas de la vida cotidiana e instalaron formas diferentes de vivir las experiencias individuales y colectivas. Teniendo en cuenta que el presente trabajo es el resultado de una investigación recientemente finalizada para la tesis de grado desde los estudios en Comunicación Social, se busca analizar el tema desde aquellos enfoques que han abordado a la comunicación como una cuestión de sujetos, de producción individual, social e histórica. A partir de este planteo, se intentó:

- Rastrear y comprender las concepciones acerca de las maneras de habitar el cuerpo y la construcción subjetiva trabajadas por distintas vertientes teóricas vinculadas al campo de la comunicación.
- Examinar e indagar los usos de las nuevas tecnologías en el ingreso a la vida cotidiana y las funciones sociales de las redes sociales Facebook y Twitter.
- Analizar las prácticas y discursos de los usuarios de Facebook y Twitter en torno a la autopresentación y elaboración de relatos biográficos.

Las páginas que siguen son un intento por explorar las maneras en que las prácticas emergentes en las redes sociales de Internet se incorporaron en los hábitos diarios y las modificaciones que estimularon en los modos de decir, compartir, habitar y estar con otros.

La vida privada que se hace pública

Los límites de lo público y lo privado se ha constituido en uno de los temas de debate de los últimos años en los más variados ámbitos, desde el jurídico y legislativo, pasando por la relevancia que cobra en los medios cuando aparece un caso “resonante” sobre la publicación de fotos o videos íntimos o en los simples encuentros con amigos. En cualquiera de ellos hay una

necesidad de redefinir ambos espacios y los contenidos que circulan por las redes sociales y se extienden a toda la web son siempre el núcleo de la discusión.

Haciendo un rastreo histórico encontramos que la preocupación por dividir ambas esferas no es reciente, sino que ha inquietado a muchas personas durante siglos. El extenso trabajo que dirigieron Philippe Ariès y Georges Duby (1991) sobre la historia de la vida privada, da cuenta que en todas las épocas y tipos de sociedades ha habido un interés por marcar la separación entre lo público y lo privado; por lo tanto ha sido una creación histórica que dependió de los contextos sociales, políticos y económicos desde donde se la fijaba.

Utilizando como referencia el trabajo de estos autores, en el período que va desde la Revolución Francesa hasta el siglo XX, encontramos que la separación de ambos espacios tiene una impronta burguesa: en un principio lo público se entendía como el conjunto de cosas relacionadas con el Estado, entonces había que estar al servicio de estos asuntos por el hecho ser considerado ciudadano. Con este movimiento había una necesidad de marcar el lugar de lo que no correspondía a él, es así que el siglo XIX comienza a establecer un espacio privado más diferenciado, en consecuencia “la expansión constante de las esferas públicas de la vida [...] proporcionó un impulso al retraimiento romántico en uno mismo y la consiguiente retirada de la familia a un espacio doméstico definido con más precisión.” (1991:22). Es a lo largo de este siglo que vemos acentuar y difundirse lentamente el sentimiento de identidad individual. Lo que implicó una separación tajante entre lo que las personas eran y hacían públicamente, el rol que cumplían en el entramado social y las funciones que le correspondían y por otro lado el resguardo del hogar, sus vínculos cercanos y el encuentro con la interioridad. De esta manera se fueron consolidando lo que Paula Sibilía (2008) retoma de Richard Sennett como “tiranías de la intimidad”, en referencia a la actitud pasiva e indiferente que se fue tomando alrededor de las cuestiones públicas y políticas, frente al gradual repliegue en el mundo interior, el espacio privado y los conflictos íntimos. El autor desarrolla en “El declive del hombre público” cómo el capitalismo industrial fue desgastando el sentido de la vida pública fortaleciendo el privatismo y la preocupación por sí mismo. Algo que funcionaba para el proyecto político y económico que estaba en marcha, fortalecido por el ascenso de las capas medias de la burguesía y el ingreso del consumo masivo en las ciudades. Escribe:

“En esta sociedad en camino de volverse íntima, donde el carácter se expresaba más allá del control de la voluntad, lo privado esta sobreimpuesto a lo público, la paralización del

sentimiento era la defensa para evitar ser descubierto por los demás, la conducta personal en público se alteró en sus términos fundamentales. El silencio en público paso a ser el único camino por el que uno podía experimentar la vida pública, especialmente la vida de la calle, sin sentirse abrumado[...] la conducta pública fue materia de observación, de participación pasiva, de cierta clase de voyeurismo.” (1978: 38-39)

El contexto que describe beneficiará los objetivos del capitalismo industrial en el despliegue de una nueva forma de estar en las ciudades, en el retraimiento de la participación pública- definida un siglo antes por el compromiso político- que da como resultado una “incivilidad”, al mismo tiempo que encuentra refugio en la intimidad porque en ella es posible ser auténtico y proyectar la verdadera personalidad.

La diferencia entre uno y otro lugar se mantuvo, algunas veces más, otras menos durante el siglo XX. Dijimos antes que los medios se instalaron como lugar de lo público y vemos a partir de la segunda mitad casos aislados de intromisión en la vida de privada de figuras públicas, hasta llegar a la aparición de publicaciones y programas televisivos que se basan en el rumor y la revelación de datos íntimos para hacer su negocio. Hasta ese momento solo éramos espectadores y consumíamos las fotos *in fraganti* de amores prohibidos de las celebridades, nos enterábamos de sus excesos, sus fiestas, los juicios, las detenciones por violar las leyes, etc. Pero el siglo XXI nos encuentra con nuevas herramientas, que basadas en las redes globales de internet se convierten en nuevos lugares públicos y cualquiera de nosotros puede formar parte llenando un formulario con algunos datos personales. Diez años después de la invención de las redes sociales nos encontramos en medio de una paradoja: mientras que pedimos mayor privacidad y confidencialidad en el tratamiento de nuestra información, compartimos en el ciberespacio fotos familiares, contamos lo que nos pasa, dónde estamos, qué pensamos, qué nos gusta, lo que opinamos sobre algunos temas, dónde pasamos nuestras vacaciones y qué hacemos durante el día en casa o el trabajo.

En este sentido se dirige la investigación de Helen Nissenbaum (2011), sobre las preocupaciones alrededor de la pérdida de privacidad a partir de las transformaciones y el aumento de prácticas y sistemas de base tecnológica en nuestros días. Plantea que la compleja trama de interconexiones de la World Wide Web con dispositivos móviles, la geolocalización, la vigilancia mediante video, la computación ubicua, las redes sociales, las bases de datos y otros mecanismos digitales, despiertan inquietudes cada vez mayores y erosionan el valor de la privacidad. Si bien

el trabajo se realiza en EEUU y explora la tradición jurídica, normativa y científica en el contexto americano del uso y circulación de información personal por el estado y empresas, se destaca su objetivo por ofrecer algunas aproximaciones a la definición de lo privado atravesado por la computación y las tecnologías de información. En otras palabras, el advenimiento de lo privado en lo público como hecho fundamental de la sociedad de comienzos de siglo, algo que sacude nuestra comprensión e intenciones por definir cuáles son los límites que los separan.

Nissenbaum señala que la dicotomía privado/público no ha cambiado, las normas de privacidad no se modificaron sino que las amenazas son diferentes y aquellas cuestiones que marcaban las fronteras se entremezclan introduciendo nuevos significados. Continúa:

“La observación de las actividades e interacciones mediadas por sitios de interconexión social indica que, por ahora, estas parecen desafiar la clasificación obvia como públicas o privadas [...] sus limitaciones han salido a la luz conforme las tecnologías digitales de la información alteran radicalmente los términos en los cuales los demás- individuos y organizaciones privadas tanto como el gobierno- tienen acceso a nosotros y a información sobre nosotros en dominios tradicionalmente considerados privados y públicos.” (2011: 123-125)

De esta manera definirlos por oposición sería problemático, más aún cuando estas prácticas por momentos permiten el acceso a todo y otras veces se demanda con indignación el respeto a la privacidad. Frente al desafío de ubicar qué correspondería a cada uno, lo que encontramos son contradicciones y una nueva forma de configuración de las esferas pública y privada. Por momentos reproduce y recupera formas históricas para explicarse y en otros, cada vez más, es producto de novedosas experiencias producidas en un entorno virtual que imprimen una multiplicidad de sentidos sobre la verdad, la experiencia, lo propio, lo ajeno y la libertad.

La inmensa y variada cantidad de enfoques sobre el tema es tanta como el incontable número de experiencias personales que la abonan. Restringir los límites va en contra de las prácticas que tienden a ampliarlos y enredarlos, lo que sí podemos decir es que los parámetros para distinguirlos no son los mismos que hace tres siglos. Los muros que se levantaban para reguardar la vida íntima del hogar, las reuniones con amigos o los del cuarto propio para expandir el encuentro interior a través de la escritura introspectiva, hasta los del consultorio del psicólogo para ahondar en los secretos de nuestro inconsciente, hoy se convirtieron en muros virtuales como los de Facebook. Por ellos pasan gran parte de nuestras inquietudes, pensamientos,

reuniones y preferencias, en forma de imágenes, videos y estados actualizables al instante. El sujeto moderno buscaba la soledad del propio cuarto para hallarse a sí mismo y construir en silencio su subjetividad para llegar a ser alguien. Las necesidades en nuestras sociedades son otras y para ser alguien hoy no hacen falta paredes, el encierro o la soledad: necesitamos construir un perfil en línea y tener acceso a internet. Lo que antes quedaba afuera de la mirada exterior, lo que se ocultaba y preservaba en el interior era privado, hoy si no se muestra, si no aparece a la vista de todos es invisible y no existe. La visibilidad se transforma en el objetivo último y rige las maneras de ser y estar en nuestra época.

Las narrativas autorreferenciales

¿Cuál es el fin de armar un perfil en Facebook, escribir en Twitter o subir fotos a Instagram si no es para que sea visto por otros? A la vez que son el síntoma de la privacidad hecha pública, la naturaleza de las redes sociales está en poner a disponibilidad de quien quiera conocerme, lo que digo, lo que pienso, dónde estoy, cómo me siento o muestro que soy. Cada participación en internet necesita que otros lo apoyen con un comentario, una firma, un retweet, un favorito, un “me gusta”; y no importa tanto el qué, porque lo que allí se mide es el índice de permanencia constante, lo que se ve. Nuestra experiencia transformada en una respuesta inmediata al “¿qué está pasando?” es el combustible y el punto de partida para la socialidad virtual, a la vez retroalimentada por la experiencia del mundo físico del off-line.

La investigadora Paula Sibilía encuentra en la exhibición de la intimidad y la espectacularización de la personalidad los ejes que estarían dando cuenta del desplazamiento sobre los que se construyen las subjetividades contemporáneas, organizadas bajo el par ver-ser visto. Aquello que antes estaba dentro de uno mismo se mueve hacia los lugares que lo hacen visible, estableciendo nuevas manera de autoconstrucción. Este traslado no solo cuenta con el aspecto físico, el look, la apariencia, el estilo o la forma corporal, sino también lo que ella llama la “performance”, es decir lo que se ve que somos, adornado con los condimentos del show. De esta manera, la experiencia interiorizada, producto de la reflexión sobre la propia vida, muta en experiencias fugaces nacidas para ser expuestas al ojo ajeno, porque ahora es fundamental que nos vean haciendo algo. “Ya no se trata sólo de ser alguien o de hacer algo, sino de performar eso que hacemos y eso que somos [...] la mirada del otro es importante para garantizar que existo: la visibilidad se transformó en un requisito para la existencia.” (2011, párr. 5) afirma

contundentemente. Por eso es que describe el cambio de unas *identidades introdirigidas*, caracterizadas por la introspección, a otras construcciones de sí orientadas a la mirada ajena o exteriorizadas, es decir *identidades alterdirigidas*.

El enaltecimiento de la interioridad y la vida cotidiana, junto con la tematización del yo son los contenidos centrales que mueven los mecanismos de las redes sociales y la mayoría de lo que hoy se publica, se dice en internet y en los medios de comunicación. En la década de los noventa vimos reaparecer un interés por la cotidianidad, plasmada en los géneros autobiográficos y la mirada subjetiva sobre los acontecimientos. Lo que algunos autores llamaron “el giro subjetivo” se vio volcado en la literatura y la cantidad creciente de publicaciones que cuentan historias en primera persona; también las entrevistas, los testimonios y los relatos de vida, que actúan como fuente primaria, en la mayoría de los casos son el eje del relato porque se le confiere un valor de verdad y autenticidad mayor que los datos “objetivos” que se pueden obtener para reconstruir lo sucedido. El encuentro con la interioridad y lo íntimo no es algo novedoso, lo que lo diferencia de su fortalecimiento durante el siglo XIX es que, como dijimos, ahora se expone públicamente y es reconocido- hasta privilegiado- por los públicos que le confieren mayor validez a la percepción subjetiva de los discursos.

La soledad del cuarto propio y el repliegue hacia el interior del sí mismo en el período que Sennett llamó “tiranía de la intimidad”- en el siglo XIX-, favorecieron el despliegue del monólogo interior. Y con él una serie de estrategias que las personas pusieron en práctica en el intento de retener las cualidades transitorias de la vida. Las biografías, memorias, confesiones, autobiografías, diarios íntimos y la correspondencia marcan en esta época el renacimiento de una necesidad de registrar la vivencia, de una obsesión por dejar huellas y rastros, que con énfasis en lo singular son también una búsqueda de la trascendencia y un escape de la rutina diaria.

Decimos con Vanina Papalini que las subjetividades toman forma en tanto y en cuanto logran traducir lo que está en el interior del sujeto a expresiones exteriores, con las reglas compartidas por los pares. Lo subjetivo-caótico- se organiza con formas objetivadas en la cultura, la expresión por excelencia es el lenguaje, con él la interioridad logra ordenarse y el relato de la propia vida es su resultado. En la misma dirección Jesús Martín-Barbero afirma que “toda identidad se genera y se constituye en el acto de narrarse como historia, en la práctica y el proceso de *contarse a los otros*” (2010: 14) y en la polisemia del verbo “contar” en castellano se halla la riqueza de la relación constitutiva de los sujetos: para ser reconocidos es indispensable

contar el propio relato, por lo que la narración no es solo expresiva sino constitutiva de lo que somos individual, pero también colectivamente. En otras palabras, el interrogante sobre quién soy yo descubre en el lenguaje una manera de organizar la experiencia, de presentarse socialmente y de ser alguien en una época. En nuestros días ser reconocido por el otro está estrechamente vinculado a las habilidades que se tengan para ser visibles, aprovechando las múltiples posibilidades que ofrece el entorno tecnológico.

Leonor Arfuch (2010) parte del concepto bajtiniano de “valor biográfico” para definir el espíritu de las biografías y autobiografías, como un género que ordena la narración sobre de la vida de otros mientras que sirve como forma de comprensión, visión y expresión de la propia vida; le confiere un orden a la vivencia fragmentaria y caótica de la propia identidad y actúa como educación sentimental. Por lo tanto, en el consumo de las vidas ajenas encontraríamos un interés por comprender la propia vida a través de lo que otros hicieron con la suya. Lo que representa una explicación a la creciente preferencia del mercado editorial y cinematográfico por retratar las vidas de los héroes de la historia. El interrogante surge cuando lo que se consume y se expone cada vez más en las pantallas son los detalles cotidianos e íntimos de esas vidas o de las de personajes comunes y desconocidos. Cuando si pensamos en términos de aportes morales o ejemplificadores para aprender y poner en práctica en nuestra vida, lo que vemos es una colección de vidas ajenas enredadas en las minucias de la cotidianidad.

Para comprender las transformaciones de las subjetividades contemporáneas y su representación a través de narrativas autorreferenciales, Arfuch recurre al estudio del “espacio biográfico”, definido como el reservorio de las formas diversas en que las vidas humanas se narran y circulan. Desde esta perspectiva encontramos que las maneras de autoconstruirse en la narración mantienen ciertas características históricas de los géneros autobiográficos, lo que cambia son los formatos y que los secretos interiores, celosamente resguardados en los encadenados diarios íntimos, o los vínculos íntimos que se armaban en las cartas entre dos hoy son públicos y cualquiera puede acceder con solo hacer un clic.

- Gabrielle Laguin, una joven burguesa de Grenoble, escribía en su diario en 1890: “[...] más adelante, en plena vejez, me divertirá releendo, volverme a ver en este espejo del pasado, tal como era yo entonces.”
- Zabo, un adolescente bonaerense, escribe en su blog en 2005: “[...] comenzar a documentar todo lo que pienso, siento y observo para de esta manera tener presente

conmigo lo alguna vez vivido aun cuando me haya convertido en uno de esos adultos que tanto me irritan. Estas van a ser mis memorias, las que voy a leer con nostalgia y melancolía el resto de mis días. Pero también, ¿por qué no? Una especie de ensayo acerca de lo que es ser adolescente en mi época. [...]Quiero observar todo en mí y en mis amigos para que así algún día los mayores después de leer esto puedan entender que no toda conversación con un adolescente se intenta ganar con un ‘cuando seas grande vas a entender’.”

Estos textos fueron escritos por dos adolescentes, pero se diferencian en que Gabrielle lo plasmó en su diario íntimo y fue hallado en los registros históricos del pueblo en el que vivía; mientras que Zabo lo hizo en su blog y forma parte de sus escritos confesionales en internet, que durante dos años siguieron centenares de chicos que comentaban con su autor sobre lo que publicaba.

La autorreferencialidad da cuenta entonces de otro rasgo sobre las formas de ser y estar en las sociedades contemporáneas. Una disposición particular y una nueva sensibilidad que ya no se estructura en el soliloquio, sino que su naturaleza radica en el compartir y exponer a la mirada ajena las emociones, las pasiones, los sentimientos profundos, las opiniones y los gustos. Orientadas hacia el exterior las personalidades actuales narran la experiencia diaria a un público, tienen interlocutores y en conjunto establecen un diálogo sobre las vivencias personales, que otorgándole atributos de noticia, pierde notoriedad con el paso de las horas, necesita actualizarse en sus detalles o que aparezca otra “primicia de mi vida”. Describe Vanina Papalini: “Los espacios habilitados por la Internet hacen de la narración personal y la galería de autorretratos una constante. Para completar el cuadro, la presencia de cámaras y pantallas devuelve la imagen propia en innumerables ocasiones, a modo de reflejo especular que facilita el verse, pero que está dirigido fundamentalmente a ser mirado y a permitir el escrutinio del otro que, se supone, está ahí.” (2010: 449-450)

La autora también retoma a Bajtín para explicar que estas narraciones autorreferenciales se inscriben en el modelo narrativo de la “biografía cotidiana”, que se despliegan en múltiples detalles domésticos, desprovistos de significados universales sino reducidos al ámbito hogareño, de la dimensión privada. No relatan acontecimientos extraordinarios sino habituales, monótonos

y triviales, como las vidas que viven las mayorías y en las que cualquiera puede sentirse representados. Concluye:

“Las biografías cotidianas actúan como una autentificación, borran las marcas de la construcción mediática, dejan una huella personal que particulariza a los individuos, ampara la inscripción afectiva, eclipsa a los actores excepcionales y los reemplaza por figuras corrientes. Es una retórica desencantada que se expresa, también, en el ocaso de los héroes, como si ya no proporcionaran una clave de sentido, como si el descrédito más absoluto hubiera desvanecido su aura.” (Papalini, 2010)

Selfies, donde yo soy más real

“Se busca el secreto perdido del cuerpo; convertirlo ya no en el lugar de la exclusión, sino en el de la inclusión, que no sea más el interruptor que distingue al individuo, lo separa de otros, sino la conexión con los otros” (Le Breton, 2002:11)

Las tendencias exhibicionistas y performativas que tienen en internet el lugar privilegiado para exponerse hacen un culto a la personalidad y la imagen de sí mismo; pero no alcanza solo con estar conectados a la red sino que para convertirse en un personaje atractivo hay que desarrollar habilidades narrativas multimediales. Las redes sociales fueron incorporando herramientas para posibilitar la utilización de varios lenguajes en la edificación diaria del yo, en su versión virtual. Dijimos más arriba que estas nuevas subjetividades se rigen por el imperativo de que ser visible es la prueba de la existencia en Internet. El uso extendido de las cámaras digitales, su inclusión en los teléfonos celulares y las webcams, además de las posibilidades que ofrecen los sitios en la web para compartir imágenes, colaboraron para que la fotografía haya pasado de ser una práctica ritual “que se realiza en momentos y contextos específicos, como testimonio y objeto de memoria- eventos familiares, celebraciones, viajes-, a una costumbre cotidiana que puede darse en cualquier momento del día e independientemente de la ocasión. Todo se ha convertido en fotografiable.” (Ardévol, 2012:186)

Pero lo que aquí nos interesa es cómo las selfies (conocidas como egoshots en la época de los fotoblogs) o autofotos pasaron a convertirse en un signo de época del que nadie quiere quedarse afuera. El término selfie deriva del inglés “self” cuya traducción en español es “sí mismo”. La pasión por autorretratarse se inscribe en un contexto en el que las imágenes y el mundo virtual se constituyen en un rasgo característico de las sociedades contemporáneas;

sumado a la posibilidad que brinda la tecnología de poder tomar fotografías y compartirlas al instante con nuestros “amigos” y contactos en internet. Esto último es lo que define a la selfie, que de ser una práctica limitada al mundo adolescente para delinear su presencia en Internet, hoy ha sido conquistada por adultos. En el último año ya no nos sorprende ver gente frente a los espejos o en la calle, estirando su brazo para sostener el celular separado unos cuarenta y cinco centímetros – que es la medida aproximada del largo del brazo- de la cara, para retratar ese momento único en el que se siente feliz, cansado, está en la plaza, come un helado, viaja en colectivo, se lava los dientes, etc.

El médico psiquiatra y psicoanalista Eduardo Tesone explica que en las selfies “se solicita lúdicamente la mirada del otro en búsqueda de reconocimiento identitario, el grafismo fue reemplazado por la foto, el diario íntimo narrado en imágenes, y el cogito cartesiano del ‘pienso, luego existo’ por el ‘miro y soy mirado, por lo tanto existo’.” (2014)

La exhibición en las redes sociales es un imperativo y las fotografías son los objetos que le dan consistencia, que le ponen una cara y un cuerpo a ese nombre, a ese nick, a ese usuario. En cada “me gusta”, “te retuiteó”, “te sigue”, “te etiquetó”, la persona se construye permanente, muestra un estado de ánimo registra haber estado en algún lado y etiqueta a las personas que la acompañan. Porque toda la arquitectura de estos sitios está al servicio del masaje al ego, de la reafirmación del yo a través de la mirada del otro.

Siguiendo a Erving Goffman (1997), estamos hablando de una nueva forma de presentación social de sí que se constituye como acto performativo, para dotar a las personas y su cuerpo de sentido. En estos nuevos espacios sociales la fotografía pasa a ser un objeto fundamental para hacerse visible (y reconocible), además de convertirse en un elemento clave de la interacción social. “El autorretrato no (sólo) (re)presenta a la persona, la constituye y objetiva [...] hace presente al sujeto en la comunicación mediada tecnológicamente” (Ardévol, 2012); es decir le brinda espesor corporal a la palabra y las acciones virtuales. En la dinámica de los usos de los smartphones y las redes sociales hay una máxima que las rige: “Serás visto o no serás nada”, y la selfie es su más maravilloso resultado.

Lineamientos metodológicos

Siendo este trabajo una reflexión con un abordaje desde la Comunicación Social, se parte de reconocer la intrínseca transdisciplinariedad que la atraviesa desde su nacimiento. La

relativamente reciente institucionalización como campo de estudio, junto con las particulares condiciones de su formación y la complejidad en la indagación de sus temas de estudio, establece una dificultad en la proposición de métodos propios. Frente a esta situación han sido necesarios los préstamos, las readecuaciones, las vinculaciones y el diálogo frecuente con el resto de las disciplinas de las ciencias sociales, en la búsqueda de la validez científica de los resultados obtenidos.

Lo anterior implica no solo el desarrollo de una capacidad creativa, sino la necesidad de reflexionar críticamente durante el proceso y el diseño metodológico, como así también al momento de abordar el objeto de estudio. De esta manera, el desafío desde la Comunicación supone tener presente la tradición de las ciencias sociales y de los estudios previos dentro del campo, para perseguir resultados válidos. Su apertura continua a disciplinas como la antropología, la sociología, la semiótica, la lingüística, la psicología, la historia, etc., hizo posible la adopción de conceptos ajenos para el planteo de propuestas propias. En suma, la amplia variedad de temas y posibilidades de abordaje- lejos de ser un aspecto negativo, que algunos autores critican por su dispersión- le ha permitido no limitarse al uso instrumentos clásicos, sino enriquecer los procesos de investigación combinando herramientas o creando nuevas, para dar cuenta de la complejidad de los procesos comunicacionales.

De esta manera, la comunicación ofrece una mirada que no se cierra a conceptos estructurados e invariables, sino que busca poner de manifiesto las tensiones, acuerdos, contradicciones y diversidad en la producción simbólica constitutivos de los acontecimientos socioculturales. Tenemos aquí otra cuestión por la que el abordaje de un objeto construido desde la complejidad hace necesaria la transdisciplinariedad.

Internet y las nuevas tecnologías Se convirtieron en materia de estudio de diversas disciplinas, en temas de investigación de las más variadas teorías y en asunto de una gran cantidad de tesis, ensayos, discusiones y libros. En 2005 la aparición de MySpace y Facebook significó no solo la creación de las redes sociales en la red, sino también la introducción de nuevos interrogantes a las investigaciones que se venían realizando sobre el impacto de Internet en las sociedades actuales. Su reciente incorporación en los estudios del campo de la comunicación las constituye en un objeto todavía poco explorado. Implica la dificultad de buscar métodos y concepciones teóricas que se ajusten a su condición novedosa, lábil, efímera y cambiante. Propone el desafío de iniciar la búsqueda de nuevas miradas, desconfiar de nuestras

verdades y proyectar un horizonte con oportunidades para continuar preguntándonos (como expusieron Paula Sibilia y Vanina Papalini en sus disertaciones en el Congreso Comunicación y Ciencias Sociales) “¿Por qué somos como somos”.

En el caso de este trabajo- podríamos incluir a la totalidad de las investigaciones desde la Comunicación- se parte de la dificultad de que la comprensión y análisis de los procesos sociales se abordan siendo a la vez sujeto y objeto de estudio. Desarrollar capacidades para ingresar al campo y abstraerse de él para interpretar los datos obtenidos, resulta indispensable en el transcurso de lo que podríamos llamar “construcción de una historia del presente”. De esta manera, se buscó examinar las prácticas, representaciones e imaginarios que se constituyen en torno al vínculo entre nuevas tecnologías, redes sociales y los trayectos singulares y colectivos.

La metodología cualitativa resultó adecuada para abordar el objeto de estudio porque ofrece la posibilidad de rescatar información del contexto sociocultural, recuperar la perspectiva de los actores, los sentidos que le otorgan a su propia experiencia. Además, no busca llegar a resultados en base al estudio de una población representativa, sino analizar algunos casos en profundidad en el ambiente en el que se constituyen. Así se realizó el trabajo de campo utilizando la técnica de la etnografía virtual y las entrevistas. Desde este enfoque las técnicas que se consideraron están vinculadas con el rastreo de datos que den cuenta de los aspectos subjetivos que se ponen en juego al momento de pensar la relación existente entre el uso, apropiación y relevancia de las nuevas tecnologías en la construcción de subjetividades y la noción de cuerpo.

En síntesis, se pretendió realizar un proceso de investigación que integre diversas perspectivas y aporte una nueva mirada a la relación que se establece entre las nuevas tecnologías, la construcción de subjetividad, el cuerpo, la comunicación y la cultura, explorando la constitución de nuevas subjetividades, la vida cotidiana, los espacios y prácticas emergentes en las redes sociales de Internet. Partiendo de los estudios de la tradición de la Comunicación Social, se buscó llevar a cabo un trabajo que analice y cuestione el tema desde la frontera, en el límite entre aquellos enfoques que han abordado a la comunicación a partir de la investigación de los medios y los que la han planteado como una cuestión de sujetos, de producción individual, social e histórica.

El análisis de la vida cotidiana

La **etnografía virtual** recupera las características del método etnográfico planteado por la antropología para realizar trabajos en espacios virtuales conformados a partir de la aparición de Internet, los juegos de realidad virtual o de roles y los dispositivos móviles de comunicación. Al igual que el método original, el objetivo del investigador es ser capaz de entender el significado de las prácticas que desarrollan los individuos en el ambiente estudiado, comprender sus objetivos y motivaciones. “La etnografía virtual permite un estudio detallado de las relaciones en línea, de modo que Internet no es sólo un medio de comunicación, sino también un artefacto cotidiano en la vida de las personas y un lugar de encuentro que permite la formación de comunidades, de grupos más o menos estables y, en definitiva, la emergencia de una nueva forma de socialidad”. (Ardévol, 2003)

La aparición de las nuevas tecnologías de comunicación e información significó en los últimos años, para el campo de la investigación social en general y particularmente para la investigación cualitativa, un potencial tanto temático como metodológico para el estudio de los fenómenos sociales. “El desarrollo tecnológico ha proporcionado diferentes herramientas y aplicaciones, y con ellas nuevos entornos y formas de investigar, nuevos tipos de datos, nuevas formas de recolectarlos, almacenarlos, analizarlos y presentarlos.” (Boyd, D. y Ellison, N; 2008:211). En este sentido resulta imprescindible que el investigador logre cada vez más dominio informático para garantizar su labor, el conocimiento actualizado y en profundidad de los últimos sucesos vinculados a la investigación en espacios virtuales.

La etnografía virtual representa la herramienta más convincente para la indagación y comprensión de las interacciones e interrelaciones sociales en Internet. Se destaca su utilidad como recurso para responder a la intermediación tecnológica y como técnica frente a la pluralidad de paradigmas metodológicos, así como también para la complejidad de matices etnográficos que se gestan en los “diversos modos de habitar la Red”, que es, en síntesis, su objeto de estudio.

Teniendo en cuenta lo anterior, la investigación a partir de la etnografía virtual se realizó por medio de la observación no participante en un primer momento, para pasar luego a ser participante de modo que habilitó la posibilidad de realizar entrevistas por chat o proponer un cuestionario e-mail. Esta decisión se fundamenta en que los relatos y actualizaciones de estado en las redes sociales en los que pretendió indagar y analizar desde el comienzo, son los que manifiestan sensaciones, opiniones, experiencias y estados de ánimo personales; que forman

parte de la intimidad y de la “confianza” que quien los escribe construyó con sus lectores, seguidores, contactos o amigos virtuales.

Se partió de comprender que la condición “oculta/virtual/online” de los sujetos es precisamente lo que garantiza que se expresen libremente, que publiquen sus opiniones, intenciones y sentimientos sin inhibiciones, abriéndose a revelar intimidades de una forma tan natural como si lo hicieran cara a cara o frente a un amigo muy cercano. De esta manera, presentar mis intenciones frente a ellos desde el principio podría haber inhibido o limitado la autenticidad de sus acciones, frenar sus impulsos de publicar contenido vinculado a las emociones y sus actividades diarias, sabiendo que alguien iba a estar pendiente de ello para investigarlo; o más aún “inmiscuyéndose en su vida privada”.

Desde la experiencia personal es posible destacar la importancia y el valor de esta forma de investigar, ya que ingresar y mezclarse en espacios virtuales buscando “hablar en los mismos términos” y obtener información de las comunidades que allí se generan representa un desafío y una práctica autorreflexiva constante. Si la etnografía offline necesita del extrañamiento y la abstracción de las propias creencias para lograr, en alguna medida, entender las perspectivas con las que los sujetos a quienes se estudia construyen su mundo; la etnografía virtual suma a ese ejercicio nuevos debates internos sobre la dislocación del tiempo y el espacio, lo real y lo artificioso e intensifica la exigencia de cuestionarse continuamente sobre las prácticas que en estos últimos años se han convertido habituales para muchas personas que viven en las ciudades.

Publicar en Facebook, tuitear en Twitter: Casos de estudio

Durante seis meses me dediqué a seguir cuatro perfiles de personas en Facebook y cuatro usuarios de Twitter para analizar y conocer en profundidad de qué manera construían la versión virtual de ellos mismos. De esta manera manera, seleccioné las publicaciones en las que hablaban en primera persona, en las que contaban su experiencia cotidiana, pensamientos, emociones, gustos o preferencias, partiendo de la idea de que todas ellas delinean el “yo” que ellos desean construir en esos espacios. Luego organicé el contenido bajo unas categorías que dan cuenta y definen las características sobre los nuevos modos de construcción subjetiva y sentidos en torno al cuerpo que se exhiben en Facebook y Twitter.

Emocionalmente público: ese movimiento que configura a las nuevas subjetividades de expulsar hacia afuera lo que antes solía debatirse en el interior de la conciencia y en la soledad de

los momentos de introspección, hoy se cuenta en las pantallas. Los sentimientos y emociones se comparten con nuestro público y de ellos se espera un comentario, un me gusta o cualquier acción que demuestre acompañamiento, saber que hay otros que apoyan o a los que les está pasando lo mismo en cualquier otro lugar.

Definición y autoafirmación constante: es necesario que a medida que pasa el tiempo, esa persona-narrador-personaje que se proyecta en el perfil de las redes sociales, se actualice y renueve sus propias definiciones de sí. Le cuente a su público quién y cómo dice que es. La construcción subjetiva se actualiza y consolida en cada publicación de estado, con cada experiencia que se cuenta y en cada tuit que se envía.

El diálogo interno se exterioriza en los muros públicos de las redes sociales: Lo que antes formaba parte de monólogo interior, de las preguntas y discusiones que se daban dentro de uno mismo, ahora se presentan a debate público. Aquellos pensamientos que tenían que ver con resolver cuestiones personales, planteamientos sobre cómo actuar en determinadas situaciones o toma decisiones que dependían solo de la propia iniciativa y la voluntad, se transforman en tuits o estados públicos que interpelan a los contactos para que ayuden a resolver los enigmas interiores, o simplemente para que estén al tanto de las encrucijadas internas que los movilizan.

El cuerpo virtualizado o la confirmación de la experiencia: las referencias al cuerpo y qué se hace con él también son necesarias en la construcción de las subjetividades contemporáneas. Decíamos que en él se encarnan las experiencias y es el que imprime de materialidad a los perfiles virtuales que se arman en las redes sociales. La corporalidad es útil en la medida que dé cuenta de la existencia y como soporte físico para demostrar la realidad de la experiencia. Todo lo que se hace con el cuerpo, la relación que se establece con él, la materialidad que ofrece para mostrarse en imágenes y contar dónde se está y con quién, se debe publicar. La referencias al cuerpo entonces, podemos rastrearlas en las fotos, las actualizaciones de estado que incluyen servicios de geolocalización para indicar el lugar en que se encuentra o en los textos que se publican y lo físico aparece mediando el relato.

Pastiche de opiniones: para ser, esa persona-narrador-personaje debe demostrar también una habilidad para opinar de todo, debe sacar hacia afuera- en un acto catártico- y hacer públicas las impresiones sobre los más variados temas. Todo lo que le afecta, lo inquieta o tiene ganas de decir, tiene que ser compartido para que los amigos o seguidores sepan cuáles son sus puntos de vista o sus intereses.

Confesiones públicas: todos aquellos asuntos privados que se ocultaban o dirimían en las profundidades de uno mismo; aquellas confesiones que formaban parte de los relatos encadenados de los diarios íntimos, los secretos compartidos con círculos cercanos o hasta los asuntos internos que se resolvían en el diván del psicólogo, son expuesto a la vista de cualquiera quiera leerlos. En ese desplazamiento de los límites del pudor y la vergüenza, en esa redefinición del concepto de intimidad, los detalles personales reservados en lo hondo de uno mismo salen a las pantallas para satisfacer la compulsión a mostrarse y parecer más real e interesante para el público. Aquello que se ocultaba de los demás por pudor o signo de debilidad y nos hacía vulnerables frente a los otros, es también lo que hoy construye una subjetividad que se exhibe en internet.

La banalidad de la vida cotidiana: Los detalles más triviales e intrascendentes también forman parte de esa incitación a contar. Todo lo que estamos haciendo, por más superficial e insignificante que sea es un potencial tópico de interés para guardar en las memorias cotidianas de nuestras vidas comunes. Porque en los tiempos de la vida contada en vivo y en directo la demanda es estar conectados y responder al “¿Qué está pasando?” a cada instante. Las anécdotas familiares se incluyen en este apartado, formando una especie de ambientación contextual y escenográfica del “show del yo”.

Elige tu propia biografía

Llegamos hasta acá proponiendo que las nuevas tecnologías comienzan a formar parte y a transformar prácticas cotidianas, de tal manera que nos plantean nuevas maneras de habitar y ser en el mundo. Podemos decir que hoy las pantallas son elementos esenciales en la construcción de la identidad. Con y a través de ellas se arman relatos de la vida: hecha de fragmentos y retazos biográficos que adquieren sentido en la exteriorización y la visibilidad. Las personas eligen qué contar, cómo mostrarse, qué quieren ser en cada actualización de estado. Son, al mismo tiempo, guionistas y protagonistas de su propia historia; allí confiesan sus secretos y comparten sus incertidumbres.

En esta trama de hechos banales de la vida diaria y contenidos compartidos cada uno es protagonista de su propia película. Cada día es un guión cinematográfico por escribir y en él es difícil distinguir entre persona y personaje. Cada día se va armando un relato hecho de momentos biográficos que, mezclados con contenidos audiovisuales, mediatizados a través de las redes

sociales, con el celular o la computadora como materia prima entretejen un patchwork de *lo que soy o quiero ser*. Los contenidos que se comparten y producen son formas de relatar la propia historia, al mismo tiempo que desarrollar la capacidad expresiva y comunicacional, ambas centrales en los mecanismos de socialidad e interacción humana. (Porta et al., 2012)

Esa compulsión por contar y mostrarse ya no pertenece solo al universo de los adolescentes. La posibilidad de las conexiones inalámbricas y el celular proponen (¿podríamos decir que nos impulsan y nos obligan?) entender que el valor del hecho es mayor y más significativo si es contado de inmediato. De esta manera recorreremos las ciudades y marcamos nuestras rutinas con pequeños microrrelatos instantáneos. Parecería que todos, y no solo los jóvenes, necesitamos dejar una huella gráfica que diga “aquí estuve”, “esto hice”, “esto siento”, “esto me gusta”, “esto soy”. Para cerrar con Jesús Martín Barbero:

“Estamos ante identidades más precarias y flexibles, de temporalidades menos largas y dotadas de una flexibilidad que les permite amalgamar ingredientes provenientes de mundos culturales distantes y heterogéneos, y por lo tanto atravesadas por discontinuidades en las que conviven gestos atávicos con reflejos modernos, secretas complicidades con rupturas radicales.” (2002)

Bibliografía

Ardévol, E. y Gómez-Cruz, E. (2012) *Cuerpo privado, imagen pública: el autorretrato en la práctica de la fotografía digital*. En *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, vol. LXVII, n°1, (pp. 181- 208). Madrid: Instituto de Lengua, Literatura y Antropología (ILLA).

Arfuch, L. (2010). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.

Dillon, M. (11 de noviembre de 2011). *Estado: visible*. Página 12. Recuperado de <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-6858-2011-11-11.html>

Le Breton, D. (2002) *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Martín-Barbero, J. (2003) *El largo proceso de enculturación*. En *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía* (pp.115-132). Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Martín-Barbero, J. (2010) Convergencia digital y diversidad cultural. En De Moraes, D. (comp.), Mutaciones de lo visible. Comunicación y procesos culturales en la era digital (pp.137-165). Buenos Aires: Paidós.

Martin Fugier, A. (1991) Los ritos de la vida privada burguesa. En Ariès, P. y Duby, G. (dir.), Historia de la vida privada. La Revolución Francesa y el asentamiento de la sociedad burguesa. Tomo VII (pp. 201). Madrid: Taurus.

Massa, F. (8 de marzo de 2014) La imparable adicción selfie. Diario La Nación. Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/1670165-la-imparable-adiccion-selfie>

Nissenbaum, H. (2011) Privacidad amenazada. Tecnología, política y la integridad de la vida social. México: Océano.

Papalini, V. (2010) Sensibilidades contemporáneas: una exploración de la cultura desde los géneros narrativos. En: Signo y Pensamiento, vol. XXIX, núm. 57 (pp.447-456). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Porta, P. y otros (2012) Jóvenes y TICs. Nuevos modos de socialización en internet. En Anuario de Investigación de la FPyCS - U.N.L.P. La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social.

Sibilia, P. (2009) La intimidad como espectáculo. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Sennett, R. (1978) El declive del hombre público. Barcelona: Ediciones Península.

Sorlin, P. (2004) El 'siglo' de la imagen analógica. Los hijos de Nadar. Buenos Aires: La marca editora.

Thompson, J. (1998) Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación. Barcelona: Editorial Paidós.